



NÚM. 158

BARCELONA. 17 MAYO 1902

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid

MÉDICO ESPECIALISTA

Azares de la fortuna llevaron á Ricardo Lufaente á un poblucho donde consiguió la plaza de médico titular, gracias á las valiosas influencias de sus buenos amigos.

Aquella existencia encastraba muy mal al gusto, educación y sabiduría de Ricardo, pero la aceptó al principio como un mal menor y acabó al fin por considerarla como un bien; llegando hasta á resolverse á vivir siempre entre aquellas gentes, libre de preocupaciones, ajeno de cuidados y sin impor-

tarle en lo más mínimo tener que renunciar al trato de las personas cultas, á la vida de la sociedad educada, al roce con los seres que piensan y sienten y discurren.

Adoptada esta resolución, el joven médico pensó transformar la vida monótona que le rodeaba y á lograrlo se dedicó por entero.

Incansable en su empeño, luchó con actividad pasmosa, con verdadero afán, y al fin pudo reunir unos cuantos grandullones y formar con ellos un cuadro de declamación, cuyas funciones le entretenían los días laborables con los ensayos, y le distraían y hasta le alegraban con la representación celebrada invariablemente los domingos por la noche.

De esta compañía rural, claro es que era el alma, el joven Ricardo, quien desempeñaba los múltiples cargos de director artístico y de escena, primer galán, primer actor cómico, encargado de la tramoya, pintor escenógrafo, peluquero, copista, avisador y hasta sastre, si llegaba el caso, que llegaba con sobrada frecuencia.

Tanta carga tanto trabajo jamás llegó á cansar á Ricardo, quien se consideraba de sobra pagado, de una parte, con la satisfacción de ver realizados sus gustos, sus aficiones, sus deseos, y de otra con el aplauso del público, con la gloria del triunfo, con el laureo de la victoria.

Pero ¡ay! las rivalidades de la política los odios de familia, las ambiciones desmedidas, dieron al traste con la tranquilidad del pueblo, y la unión venturosa y apacible, tanto tiempo disfrutada, quedó rota.

El vecindario dividióse en dos bandos, fuerte el uno y vigoroso; débil y apocado el otro.

Venció el más fuerte; y al escalar los destinos del pueblo, al apoderarse de la gobernación del municipio, arrojó de su cargo al médico, quien nuevo quijote, pretendió defender á los débiles, quiso ponerse de su parte, y con ellos cayó y fué derrotado en la lucha.

Alientado por sus amigos y esperanzado con tomar algún día la revancha, quedóse Ricardo en el pueblo, aunque sin la titular, con una clientela bastante para hacer frente á sus enemigos y sostener aquella campaña tan valientemente emprendida.

Por otra parte, el pensar solo marchar á otro pueblo y volver de nuevo la lucha, le desesperaba; al mismo tiempo que se sublevaba su amor propio de hombre y se lastimaba su orgullo de médico al tener que dejar libre el campo á su enemigo, al nuevo titular, persona vieja y achacosa, cuyo carácter seco y desabrido, venía á favorecer los planes de Ricardo.

Con la división del pueblo, deshízose el cuadro dramático, pero Ricardo echó mano de otros jóvenes y lo constituyó de nuevo, creando además una sociedad recreativa, con teatro y todo, donde la compañía continuó su historia gloriosa, siendo la desesperación del bando enemigo, cuyos adeptos se morían de rabia y de envidia en el apartado rincón de sus casas.

Y mientras aquella sociedad medraba de día en día y aquellos aficionados estudiaban y trabajaban



con fe y con entusiasmo, el alcalde y los suyos no perdonaban medio para molestar á los vencidos, con el fin de someterlos á la fuerza, aunque todo fué inútil, pues Ricardo supo defender los derechos de la ciudadanía y se impuso siempre que la autoridad pretendió vulnerar las leyes para perjudicar al bando enemigo.

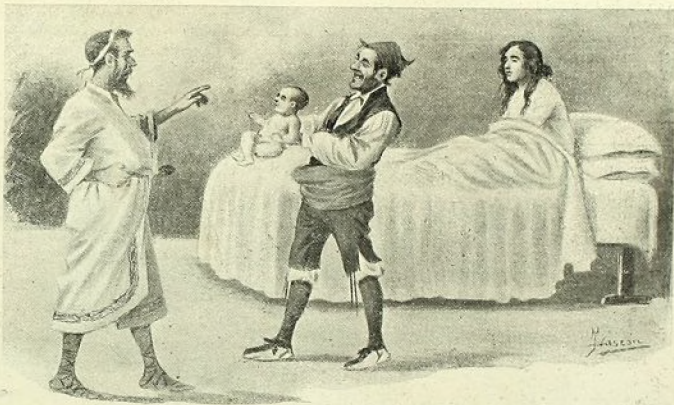
Convencido el alcalde de que á la fuerza nada alcanzaria, se decidió á ofrecer la paz á sus contrarios; pero éstos contestaron siempre que el primer extremo de la reconciliación habia de ser la reposición de don Ricardo, destituyendo, por tanto, al viejo intruso que le sustituyera.

El bando imperante hubiera accedido desde luego á tal extremo, pero su orgullo les impulsó á lo contrario; máxime cuando era imposible deshacerse de aquel pobre viejo, traído al pueblo á fuerza de ofrecimientos, de ruegos, de promesas.

Cierto que don Ricardo sabía inmensamente más; que era más fino, más amable, mejor educado y, sobre todo, era un gran cómico, un actor de primera fuerza que les distraía y regocijaba con sus arranques dramáticos ó sus visajes cómicos; pero desposeer al otro, arrojarlo sin causa justificada, no podia hacerse, así como así, sin pasar plaza de desatentos, de informales, de arbitrarios.

Este decíase el alcalde y los suyos, y así siguió todo hasta que la casualidad vino á resolver la cuestión en beneficio de la paz pública, de la unión del pueblo.

Ricardo y sus amigos, envanecidos con sus fáciles y continuados triunfos, dejaron á un lado come-



dias y dramas y se decidieron á probar fortuna en el género trágico y *El moro de Venecia* fué la obra elegida.

Se estudió con cariño, con afán, con entusiasmo; se ensayó sin prisas, con detenimiento, con cuidado, empleando quince días en esta labor; se trajeron de la capital trajes nuevos, elegidos, flamantes, y se retecaron las decoraciones que por falta de fondos no pudieron hacerse nuevas.

Llegó la noche de la función y la sociedad se llenó de bote en bote, hasta el punto de que la gente que no cabía en la sala invadía las demás habitaciones, contentándose con poder oír al gran *Otelo*, al esforzado amante, al terrible celoso.

La función resultó un verdadero acontecimiento: fué un éxito colosal, un triunfo ruidoso, inesperado, para los actores, y una satisfacción inmensa para el público, aunque la atribulada esposa, la infeliz Desdémona, no pudo lucir sus facultades en la hora terrible de la muerte, pues antes de llegar á tan apurado trance, cayó el telón y terminó la tragedia, comenzando el sainete.

Arremolinose el público; se sublevaron los ánimos; protestóse á voces: las amenazas, los gritos, las imprecaciones, confundíanse con el general clamoreo; pero el escándalo subió de punto al correr la noticia de que la fuerza pública habia penetrado en el escenario y se habia llevado al gran actor, al desventurado moro, á don Ricardo, en su, á casa del señor alcalde.

La nueva explicó á todos la caída del telón, y el tumulto amenazaba ya desbordarse, con ánimo de

vengar la ofensa inferida por los ministriles del alcalde; pero todo cesó al ver aparecer al joven médico jadeante y suduroso, quien con gravedad cómica se dirigió á la multitud exclamando:

—Oídme todos... A la hija del alcalde se le ocurrió salir hoy de su cuidado y la cosa se puso bastante fea.

El viejo médico que la asistía, perdió los estribos y se declaró impotente, vencido.

Al ver esto, el alcalde mandó en busca mía; y aunque yo me resistí cuanto pude, me agarraron á la fuerza y me llevaron quieras que no, con esta cara y con este traje, sin hacer caso de mis protestas.

Terminada mi misión, he venido á todo correr, después de conseguir que la paciente diera á luz, con toda felicidad, un robusto y colorado mozo.

Para terminar, he de manifestaros que el alcalde acaba de ofrecermela la plaza de titular, con lo cual queda hecha la paz entre nosotros.

Aplausos y vítores ahogaron las últimas palabras de don Ricardo, á quien los más próximos abrazaron con entusiasmo...

—Pero don Ricardo;—preguntó uno más atrevido.—¿Que ha hecho usted para terminar tan pronto?

—Pues... nada.

—¡Nada...!—exclamaron varias voces.

—Vereis: llegué á casa del alcalde, entré en el cuarto de la enferma, y al verme ésta soltó el trapo, como suele decirse, y con el trapo salió el chiquillo bramando como un becerro.

Un coro de carcajadas, siguió á estas palabras.

—De modo,—continuó don Ricardo;—que desde hoy me titularé *Médico especialista*.

—Naturalmente...

—Y en cuanto una enferma me haga hablar, me presento vestido de Otelio y no os quepa duda que revienta en el acto.

PEDRO BONET ALCANTARILLA



LOS PESCADORES FURTIVOS, cuadro de Calixto

Perfíctese este autor á la moderna escuela escocesa, que con tantas ilustres personalidades cuenta ya. El autor se refiere á uno de los aspectos más tristes de la vida de los desahogados, que en su desventurada suerte, se ven privados hasta de pescar en ciertas partes, para que el lord, ó el pointado, propietario no deba compartir con otro la diversión, que para el cazador furtivo es la vida misma.

SANSON Y DALILAS, por Arveras



1.—Las numerosas amistades de los señores de X... aceptan gustosos la galante invitación de éstos para escuchar al eminente pianista polaco M. Sakaramichs.



2.—Los primeros acordes llenan de jentusiasmo á los distinguidos oyentes.



3.—Asombro que sube de punto á medida que el goleo del artista se manifiesta en crecemento.



4.—Terminado el concierto los circunstantes ávidos de conservar perdurable recuerdo de tan sgradeable velada, ruegan á Mr. Sakaramichs los permita cortarles algunos rizados de su espiéndida co-bellera.



5.—Idea que es acogida con entusiasmo y puesta inmediatamente en práctica.



6.—Con harto dolor de Sakaramichs que ve al llegar á su casa la hermosa peluca convertida en crizo.

LAS FIESTAS REALES

Como es uso y costumbre cuando se trata del advenimiento de un rey al trono,—y este es ahora el caso en España,—las potencias envían representantes para asistir á la ceremonia de la jura, ó bien de la coronación, si es que la hay.

Lucidísimas en este concepto son las embajadas enviadas á Madrid; casi todas las monarquías han enviado príncipes de la sangre, y las repúblicas han escogido sus representantes entre los más conspicuos personajes de su nación. En este concepto, Francia ha enviado al general Florentin, gran canciller de la Legión de Honor, y á M. Crozier, jefe del protocolo, ó como si dijéramos gran maestro de ceremonias de la presidencia de la República.

En cuanto al programa de los festejos ha dejado muy poco satisfecho á la generalidad, pues aparte de lo pertinente á los regocijos palatinos no es gran cosa lo que ofrece al solaz del pueblo madrileño. Verdad es que las tristes circunstancias porque atraviesa el país no son

muy abonadas para hacer gala de grandes esplendideces. Con todo, es de esperar que el entusiasmo popular supla la deficiencia de los atractivos imaginados por los organizadores de las susodichas fiestas.

Sea como fuese, no han sido tardos ni perezosos algunos centenares de miles de fervientes monárquicos para tomar el tren, ó la diligencia y enderezarse á la coronada villa, en su afán de vitorear al nuevo rey y rendirle el testimonio de su lealtad y adhesión, sin temor alguno á lo que han venido propalando ciertos escritores respecto á la carestía y escasez de los hospedajes, y á la poca novedad de los espectáculos públicos. La satisfacción íntima compensará cualquier molestia y decepción que se pueda experimentar.



EL GENERAL FLORENTIN
Gran Canciller de la Legión de Honor

deramente pudo decirse que Madrid ardía en fiestas; la de D. Alfonso XII; la de la actual regente, y, por fin, la del augusto monarca que ocupará ahora el trono de San Fernando.

Una novedad, en medio de todo, ocurrirá al presente, y es que en vez de tomarle juramento al rey, este jurará *motu proprio*.

Sea como fuese, los forasteros podrán tener la satisfacción, aparte de lo relativo al juramento regio, de ver á Sagasta, á Moret, á Silveira, á Villaverde, á Montero Ríos, á Romero Robledo, á Navarrete, á los generales Blanco, Macías, Agustí, Weyler, Linares, etc.; al almirante Cervera, al capitán de navío Sr. Auñón y demás ilustres personajes, que tanto lustre han dado á nuestra historia.



M. CROZIER
Jefe del Protocolo

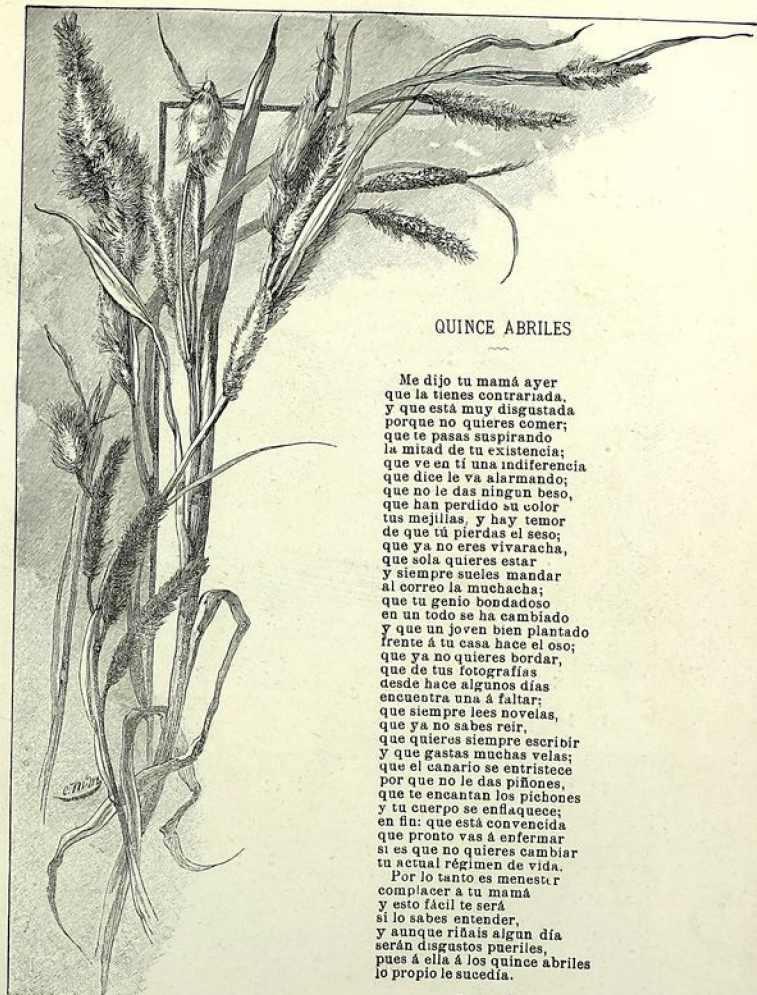
AYES

¡Ay del que llora perdida,
lleno de afán y dolor,
su esperanza más querida!
¡Ay del que pasa la vida

sin esperanza de amor!
No hay dolor que no me hiera,
muy desdichado nací:

el corazón nada espera,
no hay para mí primavera,
¡no hay ventura para mí!

José Rosas



QUINCE ABRILES

Me dijo tu mamá ayer
que la tienes contrariada,
y que está muy disgustada
porque no quieres comer;
que te pasas suspirando
la mitad de tu existencia;
que ve en ti una indiferencia;
que dice le va alarmando;
que no le das ningún beso,
que han perdido su color
tus mejillas, y hay temor
de que tú pierdas el seso;
que ya no eres vivaracha,
que sola quieres estar
y siempre sueles mandar
al correo la muchacha;
que tu genio bondadoso
en un todo se ha cambiado
y que un joven bien plantado
frente á tu casa hace el oso;
que ya no quieres bordar,
que de tus fotografías
desde hace algunos días
encuentra una á faltar;
que siempre lees novelas,
que ya no sabes reir,
que quieres siempre escribir
y que gastas muchas velas;
que el canario se entristece
por que no le das piñones,
que te encantan los pichones
y tu cuerpo se enflaquece;
en fin: que está convencida
que pronto vas á enfermarse
si es que no quieres cambiar
tu actual régimen de vida.

Por lo tanto es menester
complacer á tu mamá
y esto fácil te será
si lo sabes entender,
y aunque ridículos algún día
serán disgustos pueriles,
pues á ella á los quince abrilés
lo propio le sucedía.

JAIÑE SERRAHIMA



F. Simón: INTERESANTE PERSPECTIVA

Ayuntamiento de Madrid



LA CAIDA

— ¡Claveles como la grana! ¡Los primeros claveles!

Asíregonaba su mercancía la florista más juncal de cuantas pisaron la tierra madrileña.

— ¿A cómo los vende? — preguntó mirándola carifiosamente un gomoso.

— Por ser pá usted, á dos reales.

— ¿Y si son para mí? — la dijo otro elegante.

— A cincuenta céntimos.

— A peseta los pago si tú los besas.

— ¡Valiente capricho! ¿Me ha mirao usted los labios? Pues si beso estas flores no quedan ni pavesas.

— Te equivocas, chiquilla, más fuego hay en tus ojos y los claveles no están secos.

— Por la sombra de mis pestañas, señorito. ¡Ea! ¡De verano, que ya me ha dao usted dos duros de conversación!

Y Luisa, la florista, se alejó gritando:

— ¡Claveles como la grana! ¡Los primeros claveles!

Hasta que se perdió de vista quedaron los gomosos contemplándola.

— ¡Es muy extraño! — murmuró uno de ellos. — Admirame su virtud.

— Yo sé que el marqués de Campo Alegre daría su corona por conseguirla.

— También me consta que otros muchos la han hecho proposiciones ventajosísimas sin lograr acercarla.

Ambos interlocutores desaparecieron entre la muchedumbre que llenaba el paseo.

Era magnífica la tarde; resurgía la primavera con sus gérmenes de vida fecundadores, y las ráfagas de un aire puro y perfumado arrastraban los ecos de lejanas armonías.

Veíanse cruzar entretenidas parejas conversando alegremente, apretándose, confundiéndose en aquella oleada inmensa de gente bullanguera ansiosa de vivir.

De cuando en cuando, entre el murmullo de la multitud se escuchaba una voz argentina y juvenil que gritaba:

— ¡Claveles como la grana! ¡Los primeros claveles!

Cual si la apenas no contemplar más tiempo aquel espectáculo, el sol iba lentamente perdiéndose en el horizonte y desaparecían con su marcha los átomos de luz que inundaban el espacio.

La encantadora poesía del crepúsculo hacía más agradable la tarde, y las inquietas ráfagas de viento que besaban al pasar las hojas de los árboles, parecían mensajeras del amor.

Un accidente inesperado vino á turbar la tranquilidad del paseo.

Se arremolinó la gente impulsada por un mismo sentimiento de curiosidad.

Lo que consiguió llamar tan poderosamente la atención, era una mujer que se revolcaba en el suelo, desgreñada, gesticulando de una manera horrible á la vez que pronunciaba incoherentes palabras.

Dos guardias de orden público la levantaron.

— ¿Qué sucede? ¿Qué es eso? — preguntaban los más curiosos alzándose sobre las puntas de los pies é inclinando hacia adelante la cabeza para ver mejor.

— Nada, — contestó un indiferente. — Una mujer borracha.

— ¡A la prevención con ella! — agregó un compasivo.

—Allá la
Y así fué
La comit
que la Preve
se instalada

Pasó una
pejó la calle

Las som
luchando e
dores de u
que se esco
decisa, pres
dad encant

Escuchá
y más cer
toques trist
nilla del vi

Bien pr
de los cirio
doble cord
minosos, s
calle con
nuestros.

Un tran
dose á un
den públ
figuraban
miento pr
— ¿A d
simo?]

— A la
Y efect

—Allá la llevan,—dijo otro sonriendo.

Y así fué.

La comitiva, iba escoltada por una muchedumbre de curiosos que se estacionó frente al edificio en que la Prevención hallábase instalada.

Pasó una hora y se despejó la calle.

Las sombras de la noche luchando con los resplandores de una luna pálida que se escondía á veces indecisa, prestaban á la ciudad encantos misteriosos.

Escucháronse á lo lejos y más cerca después, los toques tristes de la campanilla del viático.

Bien pronto, las llamas de los cirios, formando un doble cordón de puntos luminosos, alumbraron la calle con resplandores si nuestros.

Un transeunte, acercándose á un guardia de orden público de los que figuraban en el acompañamiento preguntó:

—¿A dónde va el Santísimo?

—A la prevención,—contestó el interrogado.

Y efectivamente, en la prevención entró, pero llegaba tarde.

Quien había reclamado los auxilios de la religión era la mujer recogida en el paseo.

El sacerdote hubo de limitarse á murmurar una oración junto á una nueva víctima del alcoholismo, un cadáver que aprisionaba entre sus brazos, Luisa, la florista más juncal de cuantas pisaron la tierra madrileña.

En el suelo veíanse esparcidos los primeros clavés.

Se trasladó al depósito el cadáver y allí lo dejó Luisa.

—¡Sola! —murmuró al salir.

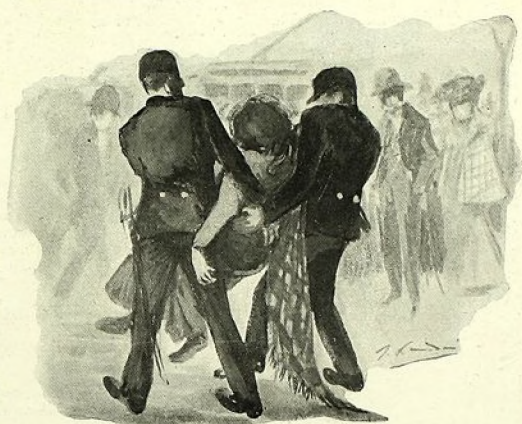
—Sola, no; conmigo. —agregó una vez.

Maquinalmente, la florista se agarró al brazo de quien había pronunciado á su oído las últimas palabras.

Era un mozo arrogante, que lucía una magnífica botonadura en la pechera de su camisa ricamente bordada.

JULIO R. PEDRE

(Dibujos de J. Xaudaró)





EL LOCO Y LA LOCURA NO TIENEN FIN, cuadro de Briton Rivière

Ayuntamiento de Madrid

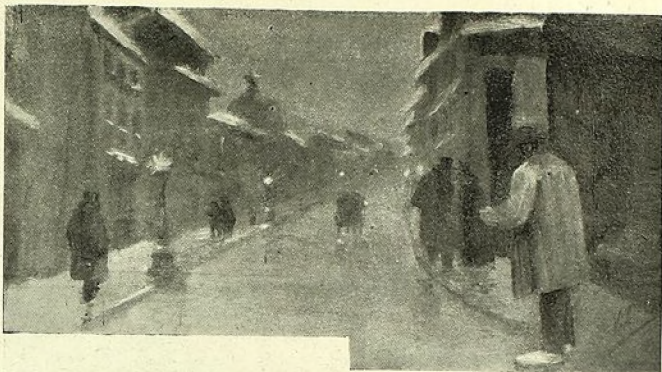
pal
que
las

lles
R
R
es p
la fa
de e
su re

y de

tento

M
todav
man
tuna
Co
poca



EL ALMA DEL PUEBLO

La abrumadora y prolongada crisis industrial porque atravesaba la comarca, dejó sentir principalmente en la clase obrera. Cerráronse la mayoría de las fábricas, y como inevitable consecuencia, quedaron sin trabajo millares de laboriosos obreros, sin que bastasen los sobrehumanos esfuerzos de las autoridades á conjurar el pavoroso conflicto social que se avecinaba.

Eran las ocho de una oscura y pavorosa noche de invierno. La nieve caía lentamente sobre las calles de la ciudad Condal, blanqueándola por completo.

El frío era intenso.

En casa del obrero Jaime Taulet no se había encendido el fuego en todo el día. Su mujer lloraba y es porque el llanto es el único consuelo que suelen tener las mujeres en esos tristes momentos en que la fatalidad pone á prueba el temple de un corazón. De sus diez hijos, nueve se acurrucaban en torno de ella como buscando el calor de que tan necesitados estaban. El menor que era de pecho, dormía en su regazo.

—Yo quiero pan,—gritó uno de los pequeñuelos.

—¡Calla, hijo mío!—dijole la madre conteniendo á duras penas el llanto que corría por sus pálidas y descarnadas mejillas.

—Sí, hijo mío, sí; tendrás pan,—exclamó, mejor dicho, rugió Jaime Taulet, disponiéndose á salir.

—¿Dónde vas?—preguntó su mujer justamente alarmada, al ver la actitud siniestra del obrero.

—¿Dónde? ¿Dónde quieres que vaya? ¡Á buscar pan para esas criaturitas que no han probado sustento en todo el día!—dijo, y se marchó á la calle.

Media hora más tarde, hallábase el obrero en una esquina, implorando la caridad pública sin que todavía ningún transeunte hubiese depositado una mísera moneda de cinco céntimos en su encallecida mano, pues á ninguno sin duda movía á compasión al quejumbroso. ¡Una limosna por Dios, á un infornado obrero!

Cuando más desesperado estaba Jaime, renegando para sus adentros á su infausto sino, y de la poca caridad que había en el mundo, oyó claramente el débil llanto de un recién nacido.

Acudió presuroso al sitio de donde aquel partía, y vió que en el quicio de una puerta había un envoltorio de trapos, entre los cuales se hallaba un niño recién nacido.

Lo tomó en sus brazos, y ocultándolo cuidadosamente bajo la blusa para resguardarlo del frío, á todo correr se dirigió á su casa.

Su mujer, al verle entrar, le preguntó con ansiedad.

—¿Qué! ¿Traes pan?

—Pan, precisamente, no,—contestóle Jaime casi sonriendo;—pero te traigo un hijo más,—agregó, presentándole el niño y refiriéndole en pocas palabras lo ocurrido.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó la mujer cubriéndole de besos.—¡Y viene heladito!

—¿Y que vamos hacer con este angelito?

—Por de pronto, darle de mamar,—como así lo hizo,—porque la criaturita vendrá muerta de hambre y luego... tener once hijos en vez de los diez que teníamos hasta ahora.

MANUEL SORIANO



MURCIANA

Morenica mía,
niña de mi alma,
la que tiene los *ojos* claros
de *dulce* mirada;
la que tiene *quereres* *sentios*
miel en las palabras.
Amorsico de toda mi vida:
mi querer no basta;
que los *probes* llevamos *tristesas*
y luto en el alma;
que la vida del *probe*, es *mu perra*
mu negra, *mu mala*.

No tenemos segura una hora,
y, hasta la *esperansa*,
de la *chosa* del *probe* gitano
la puerta no pasa.
No me quieras *morenica* mía
que mi amor no basta,
que soy *probe*, y sin más *riquezas*
que penas y lágrimas.
Y se pierde en el ancho espacio
la copla murciana,
y la voz del que canta, solloza,

suspira y acaba,
sin que abra sus puertas macizas
la reja cerrada,
que es más dura que el hierro labrado
la esbelta serrana,
y es pobre riqueza
para aquel palmito,
tristezas y lágrimas,
alegrías, amor y deseos,
que llenan el alma.

LUIS GEVE MIR

Con el p
los señore
dores el cu
album JOY

BIE

Sidonio
Zola.

La piel
Bernard

El amor
reliliano Sch

La volun
Emilio Zola

El fin de
Alexis.

Santiago
Zola.

La fiesta
Zola.

El secret
de L'Isle A

Sin traba
Los sufr

(ilustrada)
El maest

rico Soulié.
La inoce

por Carlos
Para ped

nistración
za de Tetu

Si hay al
que evite a
es sin duda
llamado LA

El opulen
Malagrida,

Aires, ha t

exponer en

teles prem

abierto par

rrillos Part

manufactur

na, y no ha

ña la impre

lectísimo co

obras expou

Visto el c

mer premio

Janés Alcar

do que el j

No menos a

firmados po

rrau, Riber

demás diou

que llamó e

fué el alto g

han dado p

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 20.º de regalo, del álbum JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar, (ilustrada) por Paul de Moles.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..*

Si hay algún gran bienhechor que evite al hombre el sufrir es sin duda el sabio ilustre llamado LADIVONSIM.

..*

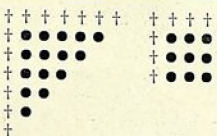
El opulento fabricante D. Manuel Malagrida, establecido en Buenos Aires, ha tenido la galantería de exponer en el Salón Parés los carteles premiados en el concurso abierto para el anuncio de los cigarrillos París, que elabora en su gran manufactura de la capital argentina, y no ha podido ser más halagüeña la impresión causada por el selectísimo conjunto que forman las obras expuestas.

Visto el cartel que alcanzó el primer premio original del artista milanés Aleardo Villa, se ha reconocido que el jurado obró en justicia. No menos notables son los carteles firmados por Mettenicof, Casas, Barrau, Ribera, Vavasour, Gosé y demás diujantes europeos, pero lo que llamó especialmente la atención fué el alto grado de adelanto de que han dado pruebas los artistas ar-

gentinos, como Mayol y otros, que tomaron parte en el concurso, por lo cual les felicitamos sinceramente.

UN TRIÁNGULO Y UN CUADRADO

por Novejarque



Sustituídas las cruces y los puntos por letras léase en líneas horizontales y verticales:

EN EL TRIÁNGULO

- 1.ª línea.—Nombre de varón.
- 2.ª Contar ó referir algún hecho.
- 3.ª Delineación con que se forma el diseño ó punta de cualquier cosa.
- 4.ª Vasija vidriada de barro, alta y sin asas.
- 5.ª Embarcación.
- 6.ª Andar ó moverse de un lugar á otro.
- 7.ª Occidente.

EN EL CUADRADO

- 1.ª línea.—Apellido.
- 2.ª Revista ilustrada.
- 3.ª Célebre rey de Persia.
- 4.ª Cuadrúpedos indígenas de los países fríos y montuosos.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior

Frase proverbial mágica.—

LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS

(Frase que como es sabido expresa que algunas veces las cosas que empiezan por juego se hacen serias y graves).

Logogrifo con el todo intercalado en acróstico.—

FRANCÉS

1 2 3 4 5 6 7

VENAS

IRENE

CANAS

TENCA

OSCAR

RAFAS

HASSE

URREA

GANAR

OSERA

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. R. de S.—Madrid.—Muy bien. Pasa al regente, para los efectos consiguientes.

S. A.—Lérida.—Le agradezco profundamente todo lo que me dice, pero ¡por Dios, amigo! no hay para tanto. Enterado de cuanto me manifiesta, procuraré hacer lo posible para complacerle.

J. de H.—Valencia.—Recibidas las poesías; están perfectamente.

B. S. A.—Salamanca.—Efectivamente fué una equivocación de iniciales.

UN PENSAMIENTO, por Novejarque



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSENTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

RUMANIA



INFANTERIA: SOLDADO DE LÍNEA